

BREVES

Traducción de JAN ZYCH

HAMLET

ME LLAMÓ EL DIRECTOR de la compañía y me dijo:
—Lo felicito: hemos decidido darle el papel de Hamlet.

Como todos los actores, yo había soñado siempre con hacer ese papel. Me volví loco de alegría. Le di efusivamente las gracias al director y le prometí que no escatimaría esfuerzos para cumplir debidamente con la tarea encargada.

Estaban a punto de empezar los ensayos cuando el director de la compañía me mandó llamar nuevamente. Parecía un poco molesto.

—Surgió una complicación. La compañía considera que al encargarte el papel de Hamlet lo estamos favoreciendo.

—¿Quiere decir que el papel de Hamlet lo hará otro?

—No, porque también sería favorecerlo. Pero encontramos una salida. A Hamlet lo representarán usted y ocho actores más. Más de nueve que puedan parecerse más o menos a Hamlet, por suerte, no tengo en la compañía.

—Ya entiendo: yo y otros ocho nos turnaremos.

—No, estarán todos juntos.

—¿Cómo que juntos...? Pero no en la misma representación, supongo.

—Sí, en la misma, cada noche.

—¿Es imposible! ¿Los nueve Hamlets en un "Hamlet"?

—Así es.

—Ajá. Quiere decir que sale el primero, entra el segundo; sale, entra el tercero, etcétera.

—No, porque entonces surge el problema de la rotación, que viola la igualdad de derechos. Nadie tiene que ser el primero, ni el segundo, ni el noveno. Se le olvida que todos deben tener las mismas oportunidades.

—¿Entonces, cómo?

—En coro.

Caí en la silla. El director de la compañía se levantó, dió la vuelta al escritorio y me puso la mano en el hombro.

—¡Ánimo! Socialmente vamos a estar muy bien, y en lo artístico puede haber un gran éxito. Ya tenemos un director que se encargará de esto, será un experimento muy interesante, de vanguardia. Desdoblamiento de Hamlet en nueve personalidades, usted entiendo.

—Entiendo. La psicología del fondo.

—Lo ha formulado excelentemente.

Después se inclinó y añadió en voz baja:

—Y aquí entre nos, nadie le prohibirá hablar más alto que los otros.

Empezaron los ensayos. Estuvimos un poco apretados en

el camerino, y en el escenario nos tropezamos unos con otros, pero, en cambio, surgió un fuerte espíritu colectivo.

Así llegamos al estreno. El primer acto transcurrió de cualquier modo, pero cuando llegó la escena en el cementerio a mí me faltó la calavera de Yorick, porque el utilero se había equivocado y sólo había preparado ocho piezas. Quise entonces quitarle la calavera a mi compañero de la izquierda, pero no quiso dármela y los dos caímos a la tumba. Mientras tanto, los de arriba también empezaron a golpearse. Nuestra calavera se había quedado allí: ahora tenían ocho, pero ellos eran siete y cada uno quería tener dos calaveras.

Hubo nueve casos de contusión general, cinco lesiones de la cara y tres casos de heridas punzantes. ¿Quién dijo que "Hamlet" era una tragedia del individuo?

LA SOLEDAD

Limamos la reja y saltamos al patio interior. Luego, brincamos el muro y nos encontramos en un bosque. Corrimos por el bosque. Mi compañero corría cada vez más despacio.

—¿Qué te pasa? —pregunté—. ¿Te duelen las piernas?

—No.

—¿Por qué entonces reduces la velocidad?

—Porque no nos están persiguiendo.

—Ahora empezarán, apenas se den cuenta de que hemos huído. ¡Date prisa!

Pero en vez de acelerar, se detuvo.

—¿No se han dado cuenta, dices?

—Probablemente no. ¿Por qué sigues parado? ¡Muévete, rápido!

Se sentó bajo un árbol.

—Nadie se preocupa por mí —dijo melancólicamente.

—¿De qué estás hablando?

—Nadie se interesa, a nadie le importa.

—¿Quién? ¿A quién?

—Si yo les importara, me vigilarían mejor.

—¿Te estás lamentando?

—El hombre no le da importancia a otro hombre, ni siquiera cuando le pagan por ello. Podrían darse cuenta, por lo menos.

—¿Te vas a mover o no?

—No. ¿Para qué huir si nadie te persigue? ¿Para qué tener cuidado, si a nadie le importa? Ay, qué vida...

—¿Sabes qué? Tengo una pregunta para ti. ¿Por qué no regresas?

Se levantó de un salto y gritó:

—¡Oh, no! ¡Eso, no! Yo tengo mi dignidad, no voy a imponerme a nadie. ¡Me iré a mi soledad existencial!

Y con su paso lento, la cabeza levantada, se fue adelante, al bosque. Y yo tras él.

En cierto modo, me daba vergüenza tener prisa.

NOCHE EN EL HOTEL

Ya iba a dormirme, cuando detrás de la pared resonó un fuerte golpe.

—Eso es, ahora comienza —pensé— Igual que en aquella anécdota. El vecino se quitó el zapato y lo dejó caer al suelo. Ahora no dormiré, mientras no se quite el otro zapato; quién sabe cuánto tardara.

Qué alivio: en seguida llegó el otro golpe.

Ya iba a dormirme, cuando detrás de la pared se oyó el tercer ruido, sordo, y me privó del sueño.

No lo esperaba. ¿Mi vecino tendría tres pies? Imposible. Luego, ¿se puso de nuevo un zapato y se lo quitó otra vez? Eso poco probable. Tal vez tenga dos vecinos.

Y empezó mi tormento, exactamente como lo había previsto. Lo único que me permitía resistir era la certeza de que tendría que quitarse el otro zapato en algún momento. Sin embargo, la noche pasaba, y el segundo, es decir, el cuarto ruido no llegaba y no llegaba.

No pegué el ojo en toda la noche y por la mañana bajé a desayunar completamente agotado. Me encontré con mi vecino. Yo buscaba con los ojos al otro, pero no estaba. Debía de haberse quedado dormido borracho y todavía dormía con un zapato.

—¿En su cuarto hay ratones? —me preguntó el vecino—. Porque en el mío, sí. Rascaban tanto que tuve que arrojar un zapato para que dejaran de hacerlo.

Desde aquel momento dejé de pensar lógicamente. Un tonto ratón es más fuerte que toda la lógica, y la lógica sólo provoca insomnio.

EL PODER

Largo tiempo duró el dominio del Dictador, hasta que al fin se colmó la medida. Al frente del descontento popular estaba un joven y ambicioso general, comandante de una guarnición de provincias. A marchas forzadas llegó a la capital, a la cabeza de los destacamentos bajo su mando, y cercó el palacio presidencial. Los guardaespaldas del Dictador resistieron hasta el fin, pero la victoria de la revolución era inevitable. Después de un breve sitio, los destacamentos sublevados se lanzaron al ataque e irrumpieron en el palacio. Mientras daban los golpes de gracia a los últimos pretorianos, el General, unos oficiales y un corresponsal de prensa extranjera se dirigieron al gabinete privado del Dictador. Era un bunker subterráneo en el centro mismo del palacio, el más secreto de los lugares secretos, rodeado de leyenda. Nadie, excepto el Dictador, tenía acceso: se decía que allí se encontraban todo el tesoro del estado y todos los documentos importantes concernientes a la política interior y exterior.

La puerta blindada estaba entreabierta. Detrás de un enorme escritorio dorado de caoba, en la silla imperial, estaba sentado el Dictador, con la frente sobre la tabla. Frente a él, sobre el escritorio, que fuera de eso estaba completamente vacío, yacían el revólver y la llave. El bunker no tenía ningún otro mueble, excepto el escritorio y la silla. En cambio, desde el

suelo hasta el techo, estaba repleto de cajas de cartón. Rompieron con bayonetas la primera, al azar, y después, cada vez más impacientes, las siguientes, una tras otra, hasta la última. Pero todas contenían lo mismo: el pequeño Ratón Miguelito de plástico de pacotilla, en una enorme cantidad de ejemplares. Montones, avalanchas y aludes del Ratón Miguelito cayeron de las cajas de cartón y los rodearon por todos lados, hasta las rodillas.

—¡Es una revelación! —gritó el corresponsal extranjero—. En seguida telegrafiaré: "Un descubrimiento sensacional en el palacio del Presidente". O no, tengo un título mejor: "El secreto del poder revelado!"

—Me parece que no lo hará —dijo el General, y él mismo le pegó un tiro al corresponsal. Después tomó la llave de la mesa, salió del lugar con sus guardias, cerró la puerta exterior y guardó la llave en el bolsillo. Luego dio órdenes de que fusilaran a los guardias de inmediato, antes de que pudieran decirle nada a nadie.

La alegría por la caída del Dictador era total. El General, proclamado por unanimidad Presidente de la República, empezó a gobernar. La libre prensa, renacida bajo su culto menazgo, anunciaba el florecimiento del estado renovado, la llegada de la era del bienestar y de la creciente importancia de la nación en la escena internacional. La garantía del éxito eran las enormes riquezas y los documentos de extraordinaria importancia encontrados en el palacio presidencial. Además, ahora iban a servir no a una dictadura egoísta, sino al pueblo y a los intereses de toda la nación.

LA VISTA MÁS HERMOSA DEL MUNDO

Llegué a un conocido lugar de descanso situado en las montañas, a orillas de un lago. Me esperaban merecidas vacaciones, luego decidí que esas vacaciones las pasaría en condiciones excelentes en todos los aspectos y no tenía la intención de ahorrar. Por desgracia, todos los cuartos en los hoteles de primera estaban ocupados y, como no tardé en comprobar, también en los hoteles de segunda. Al renunciar, primero al lujo y después incluso a la comodidad, entraba a los hoteles de tercera, pero sólo para oír en todos lados la misma respuesta: no hay.

Finalmente entré a un hotel que hasta entonces había excluido porque me parecía poco alentador, pero que en este momento era el único que me quedaba. El recepcionista estudió largo tiempo su libro y dijo:

—En esencia, no hay.

—¿Qué quiere decir: en esencia?

—Quiere decir que no hay cuartos ordinarios. Tenemos sólo un cuarto con una vista hermosa.

—¡Excelente! ¿Por qué no me lo dijo antes?

—Porque este cuarto tiene una vista extraordinariamente hermosa.

—¡Tanto mejor!

—La vista es tan extraordinariamente hermosa que el cuarto cuesta mucho.

—¿Cuánto?

—Dijo un precio realmente alto, en especial tratándose de un hotel de cuarta. Naturalmente, acepté, sin vacilar.

—Se paga por adelantado.

No me extrañó, ya que los hoteles de baja categoría que

tienen clientes de baja categoría ponen a veces esta condición. Que nadie me acompañara a mi cuarto ni me ayudara a cargar mi maleta, tampoco dejaba de ser normal. Recogí la llave y sólo al final del corredor encontré el número. Sin prestar atención al interior miserable, porque no esperaba nada mejor, fui de inmediato a la ventana y abrí la cortina. Apareció un patio oscuro, una pared enfrente de la ventana y unos cubos para la basura.

Corrí a la recepción.

—¡Quiero hablar ahora mismo con el dueño!

—Yo soy el dueño.

—¿Esa era la hermosa vista? No sólo el cuarto está en la planta baja, no sólo del lado del patio; además, esa basura.

—¿A dónde miró usted?

—¡Cómo que a dónde! ¡Por la ventana!

—Permitame acompañarlo.

Lo seguí hasta el cuarto. Pero, en lugar de acercarse a la ventana, se detuvo frente al espejo, al que yo no había prestado atención. Un espejo grande, en el que los dos nos reflejábamos de pies a cabeza. Se apartó, y en el espejo quedó solamente mi reflejo.

—¿No es una vista hermosa? —preguntó.

—¡Exijo que me devuelva mi dinero!

—Usted es el primero que se queja.

—¡Y lo voy a demandar!

—Y perderá el proceso. Porque yo atestiguaré que su vista es la más hermosa del mundo y nadie me probará que pienso de otro modo. Y si usted tiene otra opinión, es su problema. Y por cierto que me extraña: ¿qué puede haber más hermoso que usted?

Tenía razón.

—Está bien, me quedo —dije.

